

LA VERDAD COMO ADECUACION EN EL IDEALISMO Y EL REALISMO

JUAN JOSÉ SANGUINETI

I. La crítica al idealismo es una de las constantes de la filosofía actual a partir de la brusca desaparición de los grandes idealismos absolutos. El idealismo y el racionalismo son posiciones espontáneamente rechazadas por la filosofía contemporánea (me refiero al racionalismo clásico), por su pretensión de absolutismo *a priori* y por su desvinculación de la verdadera experiencia. Marxismo, existencialismo, fenomenología, neorrealismo angloamericano, aun teniendo sus deudas con esos movimientos, son reivindicaciones de la realidad concreta en diversos aspectos. El idealismo parece a los ojos de esta crítica como un juego de conceptos alejado del mundo real. Aparentemente estamos en una posición favorable al realismo. Pero no cualquier realismo resuelve el problema del *conocimiento* ni el problema del *hombre* que busca conocer la verdad. El idealismo era un movimiento profundamente espiritualista. La impugnación realista contra el idealismo puede entrañar una actitud materialista. Cuando LENIN rechazaba el empiriocriticismo de E. MACH, lo hacía con la intención de sostener la primacía de la materia sobre la conciencia, hasta tal punto que entre los marxistas hay una tendencia a confundir cualquier tipo de superioridad de la conciencia sobre la materia con una posición idealista. Bien distinta es la crítica de Max PLANCK a la misma postura de MACH, llena de sensatez y desde la visión del hombre de ciencia: «el fundamento y la condición preliminar de toda ciencia verdaderamente fértil es la hipótesis metafísica, ciertamente no justificada por una vía puramente

lógica, pero que la lógica no podrá nunca ni siquiera impugnar, de la existencia de un mundo externo en sí, completamente independiente de nosotros»¹.

Un realismo consistente da una explicación satisfactoria del conocimiento de la verdad y del sentido de la búsqueda de la verdad en la vida humana. Ante eso, curiosamente, las posiciones del realismo metafísico y del idealismo se manifiestan a primera vista como convergentes, en contraposición a todo escepticismo. Ambas posturas afirman categóricamente la existencia de la verdad y hablan con convicción de lo que consideran como verdadero. Son posiciones metafísicas, que no bloquean el pensamiento, como la duda universal, el nominalismo, empirismo, etc., sino que manifiestan una resolución ante la exigencia de verdad del pensamiento humano.

El momento presente, en este sentido, contrasta con el realismo clásico y con el idealismo (que hace ya bastante tiempo dejó de dominar el horizonte de la especulación). Ciertamente no todas las corrientes actuales del pensamiento son dubitativas ante el conocimiento de la verdad. Pero sí parecen —a excepción del marxismo, que en esto es neto heredero del idealismo de HEGEL— mucho más cautas y críticas, con temor a la afirmación apriorística de verdades absolutas y con gran atención a las indicaciones de la experiencia. En el idealismo absoluto, en cambio, hay un fervor romántico por la posesión plena y absoluta de una verdad perfecta, insuperable. Aun el idealismo más mitigado de KANT se muestra muy seguro de sí mismo. POPPER manifiesta una actitud característica de nuestra época al desconfiar de esta seguridad: «Cuando KANT dijo que 'nuestro intelecto no extrae sus leyes de la naturaleza, sino que impone las leyes a ella', tenía razón. Pero cuando pensaba que esas leyes son necesariamente *verdaderas* (subrayado nuestro), o que nosotros conseguimos necesariamente imponerlas a la naturaleza, estaba errado»².

1. *La conoscenza del mondo fisico*, Einaudi, Turín 1942, p. 117. La expresión *hipótesis metafísica* parece sugerir que Planck no pone esa convicción como una evidencia inmediata. Sin embargo, por el modo de expresarse y por el contexto, se recalca más bien el carácter indemostrable del conocimiento del mundo externo.

2. «Conjectures and Refutations», en B. Brody y N. Capaldi, *Science: Men, Methods, Goals*, W. A. Benjamin, Inc., N. York y Amsterdam 1968, p. 186.

POPPER es escéptico cuando afirma: «nosotros buscamos la verdad (aunque nunca podemos estar seguros de haberla encontrado)»³.

Consideraremos a continuación el sentido de la verdad en el realismo metafísico y en el idealismo, con el fin de determinar si hay o no concordancia en la comprensión de este concepto en las dos posturas.

II. En el realismo metafísico, la verdad es cierta *adecuación entre el intelecto y las cosas*. En la concepción clásica de la verdad, se ha de admitir siempre alguna distinción entre dos elementos, pensamiento y realidad, sujeto y objeto, entendimiento e inteligibles, que en el acto del conocimiento han de reunirse, conjugarse, «adecuarse», de modo que uno encaje en el otro.

La adecuación, ¿es del intelecto a las cosas, o de las cosas al intelecto? En ambos sentidos hay adecuación, y por consiguiente verdad. La adecuación del intelecto a las cosas, conformándose a lo que ellas son, es la *verdad de la mente*, aquello por lo que decimos que la mente es verdadera, siendo la base ontológica de esta verdad la asimilación cognoscitiva de las formas conocidas. En un sentido inverso, la *verdad de las cosas* es el orden y conformidad de su naturaleza con alguna inteligencia (esa verdad, por otra parte, es el mismo ser de las cosas). Tal ordenación puede revestir dos modalidades: la capacidad que tienen las cosas de ser conocidas, relación accidental ya que las cosas no dependen del cognoscente; o la relación real y esencial que implica en la cosa una dependencia ontológica respecto de un pensamiento productivo. Así es la relación que existe en las cosas artificiales respecto de la mente humana, y en todas las cosas absolutamente respecto de la Inteligencia de Dios⁴.

La relación de *adaequatio* no es simétrica. Uno de los términos es el que ha de adecuarse al otro. SANTO TOMÁS lo explica recurriendo al concepto de medida (*mensura*), en un sentido no cuantitativo⁵: la medida es una comparación en la que hay un elemento previo, que sirve como criterio *mensurante* para determinar las proporciones de un elemento secundario y *mensurado*. Y así, cabe decir que

3. *Ibid.*, p. 196.

4. Cfr. S. Tomás, *S.b.*, I, q. 16, a. 1.

5. Cfr. S. Tomás, *In V Metaph.*, lect. 17.

el intelecto en su función especulativa es mensurado por el ser de las cosas conocidas, y en su función práctica es mensurante del ser de las cosas producidas; mientras que las cosas, por su parte, miden al intelecto especulativo, y son medidas por el intelecto práctico que las causa⁶. De aquí resulta que las cosas naturales miden la inteligencia humana, pero son medidas por la Inteligencia de Dios; el entender humano sólo mide las cosas artificiales, externas o internas al hombre; el Entender Divino mide la totalidad del ser creado. La verdad de la mente y de las cosas se produce cuando hay una conformidad con el principio mensurante: por ejemplo, las cosas son verdaderas cuando tienen la forma que Dios pensó para ellas, mas no por adecuarse al pensamiento humano; al revés, la inteligencia del hombre se constituye en la verdad cuando estima las cosas en conformidad con su ser, y cae en la falsedad si se produce una discordancia.

Solamente en Dios la adecuación entre pensamiento y realidad se transforma en una absoluta *identidad*. En el Entendimiento de Dios se da la verdad, no sólo porque Dios conoce su Ser y el grado de ser de todas las cosas creadas por El, sino porque su Entender coincide con su mismo Ser, y en esta auto-intelección Dios entiende todo lo demás. Igualmente, el Ser Divino es supremamente verdadero, porque es idéntico a su Entender⁷. En Dios no hay distinción entre verdad de la mente y de la realidad. En el conocimiento que Dios tiene de Sí mismo desaparece la escisión entre lo mensurante y lo mensurado, principio y principiado. Su Verdad para El no es principio, aunque sí es principio de las verdades creadas, en cuanto Dios causa todas las cosas y las conoce a partir del conocimiento de Sí mismo⁸.

En la inteligencia humana la verdad es una adecuación de dos instancias que, además, se ha de conseguir tras un proceso más o menos laborioso, cuyo éxito no siempre está asegurado. La mente humana tiene unas condiciones tales que se encuentra en un cierto estado de «inadecuación», ya que el objeto de la inteligencia es la esencia abstracta y universal, mientras que el ente que verdaderamente existe es concreto y singular. Para llegar a la adecuación hay

6. Cfr. S. Tomás, *De Ver.*, q. 1, a. 2.

7. Cfr. S. Tomás, *S.Th.*, I, q. 16, a. 5.

8. Cfr. S. Tomás, *De Ver.*, q. 1, a. 7.

que adaptarse al tipo de inteligibilidad de las cosas y observar ciertas reglas metódicas que se derivan de nuestra naturaleza racional. En el realismo exagerado (platonismo) la correspondencia con la realidad es biunívoca, permaneciendo en el plano conceptual, sin que se invoque la experiencia; algo semejante ocurre en el racionalismo clásico, que pretende llegar a la realidad sólo mediante los conceptos. Pero entonces el realismo, aunque se crea en él, queda reducido a una abstracción, y sobreviene la crisis del pensamiento (la crisis empirista). Y es aquí cuando surge el idealismo, como intento de salvar la realidad del pensar y su tensión hacia la verdad.

III. El idealismo nace cuando todos los contenidos de la realidad externa se declaran inmanentes al pensamiento humano. Su primera clara manifestación en Occidente consiste en la negación de la existencia en sí de los cuerpos (Berkeley), idealismo calificado de *dogmático* por KANT, y que corresponde a la definición de WOLFF: *Idealistae dicuntur qui nonnisi idealem corporum in animis nostris existentiam concedunt adeoque realem mundi et corporum existentiam negant*. Dejemos de lado el problema que esto supone para el conocimiento del «en sí» de otras conciencias (tendencia al solipsismo). Lo importante es que en el idealismo la realidad misma no se puede concebir sino como objeto o contenido de un pensar. El idealismo en algunos casos podrá seguir hablando de correspondencia entre pensamiento y cosa, pero ya no se trata de una cosa en sí, sino de una cosa tomada como cierto contrapunto del mismo acto de pensamiento, de modo que sin la existencia del acto pensante, la cosa desaparecería o no tendría sentido. La correspondencia o adecuación se dará entonces entre el pensar y el objeto, entre dos posiciones internas al pensar: una cierta adecuación del pensamiento consigo mismo.

En este sentido, el idealismo no suprime del todo la verdad como *adecuación* del realismo clásico, a base de afirmar que sólo hay pensamiento y que la realidad externa no existe. Esta imagen subjetivista del idealismo no es la más característica ni la más elaborada históricamente. El idealismo más bien incorpora a su propia esfera la verdad como adecuación. Sin esta noción, un puro pensar vacío se reduciría a algo evanescente, sin contenido ni norma. El pensamiento necesita nutrirse de la cosa, adecuarse a algo. Ya SCHELLING

hizo notar que la antigua definición de verdad como adecuación absoluta del objeto y el conocimiento debía haber llevado a la idea de que el objeto *es* nuestro conocimiento necesario.

Así se entiende la alta exigencia de verdad (aparentemente) del idealismo. El método hegeliano, por ejemplo, no quiere ser la filosofía personal de un hombre, sino el desarrollo del pensamiento universal que deja hablar a la «cosa misma», y la sigue en su devenir, y así la filosofía como grado más alto del espíritu autoconsciente hará que la certeza subjetiva coincida con la verdad objetiva.

En el idealismo el intento de aferrar la verdadera realidad es radical, y por tanto es radical la intención de llegar a la verdad absoluta, a la única verdad que ya es inapelable. La adecuación se ha transformado en plena posesión, en identidad de ser y pensar, objeto y sujeto. Si la realidad fuera un bloque ajeno al pensar, sería irracional. El idealismo absoluto es como una recuperación de toda la realidad, que al idealismo criticista de KANT se le había escapado de las manos. No hay un más allá de la realidad, ni un más allá de la conciencia. Más que la realidad sea inmanente al pensar, habría que decir que el pensamiento es inmanente a la realidad. En el realismo metafísico, la identidad absoluta entre pensamiento y realidad se da en la Verdad trascendente de Dios. Las fórmulas clásicas de exaltación de la Verdad eterna son admitidas también por HEGEL: «Todo lo demás es error, opacidad, opinión, aspiración, capricho y caducidad; sólo la Idea absoluta es *Ser*, Vida imperecedera, *Verdad* autoconsciente, y toda la *Verdad*»⁹. Pero esta Verdad no está separada del mundo, sino que se realiza en él y se identifica con el mismo mundo en su devenir. La verdad temporal es en su totalidad la Verdad absoluta. El transferir la verdad primera a un ámbito externo al mundo y al hombre sería, según HEGEL, el más grave de los errores.

Este es el verdadero *realismo* para los idealistas absolutos. La doctrina clásica de la verdad es desechada como *dogmatismo*, pero no se admite la alternativa realismo-idealismo, ya que ambas posturas están asumidas en una misma síntesis.

La verdad como mera adecuación con un objeto externo, extraño a la conciencia, para HEGEL estaría simplemente en una primera fase muy primitiva del avance de la conciencia hacia la auto-

9. *Wissenschaft der Logik*, ed. Lasson II, p. 484.

conciencia. Ese creer en una verdad externa al sujeto persiste en el *racionalismo*, pero zozobra como fruto de su propia abstracción e inanidad; surge así el *empirismo*, que busca la verdad en la experiencia contingente, y ante la incertidumbre que esto produce, se llega al *criticismo* de tipo kantiano, después del cual se da el salto a la verdadera filosofía, el *idealismo*. Se ha de asumir toda la realidad. HEGEL admite la verdad del empirismo, «nada hay verdadero más que lo real», eliminando un *deber ser* que se superponga a la realidad actual, y que pretenda vanamente regularla. No hay instancias fuera de la realidad, que serían abstracciones, idealidades estériles, nunca adecuadas a la realidad. Lo que debe existir es lo que existe, lo real, y esto es lo que hay que entender, éste es el objetivo de la filosofía. Pero la realidad es razón. «La razón es la certeza de la conciencia de ser *toda* realidad; de este modo expresa el idealismo el concepto de razón»¹⁰. Porque «lo objetivo, lo que son las cosas en sí, es tal como es pensado, y por ende, el pensamiento es la verdad de los objetos»¹¹.

Para el realismo metafísico esta identidad es exclusiva de Dios trascendente. La relación esencial de un objeto al pensar humano se verifica, como dijimos, sólo en los objetos artificiales, y ni aún así hay en ellos una dependencia absoluta con respecto a la mente humana (que no es creadora). El idealismo absoluto se propone realizar la dependencia total de las cosas finitas con respecto a la Verdad Infinita de Dios en forma de pertenencia al Infinito de los diversos momentos de la evolución de los seres finitos. De aquí resulta que la verdad de cada cosa, de cada acontecimiento, es medida por la Idea en su avanzar histórico. La razón dialéctica es una razón histórica. La verdad es eterna y temporal a la vez; no es una verdad estática, exterior, sino intrínseca, vital y en continuo desarrollo. Las verdades de cada fase de la conciencia son parciales, son momentos a través de los cuales el espíritu busca en el mundo su plena apropiación, su completa identidad. La verdad se hace a sí misma. El Absoluto que la verdad persigue en las vicisitudes de la historia no es más que la verdad misma.

10. *Fenomenología del Espíritu*, México 1966, trad. W. Roces, pp. 144-145.

11. *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, I Lógica, trad. de A. M. Fabié, n. 46.

IV. De aquí resulta paradójicamente que la verdad absoluta que el idealismo busca con tanto tesón queda diluida en la *historia*. La verdad es el proceso histórico del pensamiento, la historia de la conciencia. Pero entonces cualquier cosa es verdadera, como momento del proceso. «Un tal punto de vista —nota HEGEL a propósito de SPINOZA— no se debe por tanto a una opinión, una manera subjetiva de imaginar y pensar, propia de un individuo; es más, la especulación, al recorrer su vía, aboca necesariamente en ese punto de vista, y así el sistema es perfectamente verdadero. Pero no es el punto de vista más alto. No por esto el sistema puede ser considerado como *falso*, como algo que necesitara o fuera capaz de ser confutado. Sólo esto se ha de reconocer como falso: que ese sistema constituya el más alto punto de vista»¹².

HEGEL utiliza el criterio histórico para juzgar sobre la verdad o falsedad de un sistema fuera del suyo: algo es *verdadero* como fase necesaria en algún momento, pero es *falso* si pretende salirse de esa verdad parcial. Al mismo tiempo, HEGEL ha formulado muchos juicios sobre la historia como un todo, que estarían en el «punto de vista más alto». Y aquí habla —subrepticamente— como realista clásico: «Aunque el idealismo repudia en principio la noción realista de verdad, no puede liberarse completamente de ella. La elimina en detalle para restituirla en bloque, o si se prefiere, la elimina en teoría, *in actu signatu*, para restituirla de hecho, *in actu exercito* (...) Sus tesis sobre el ser, el conocimiento y el espíritu pretenden explicar lo que son realmente el ser, el conocimiento y el espíritu. Las da como verdaderas porque son conformes a la realidad y en la medida en que lo están»¹³. No es posible evitar el desdoblamiento al hablar de una *conciencia* de la realidad y de la *realidad* de una conciencia.

Enfocando las cosas de otro modo, se puede decir que en el idealismo absoluto la verdad definitiva, que mide toda otra verdad y determina sus proporciones, es el resultado final, el Todo que incluye los momentos anteriores, no como mera suma sino como síntesis. «La verdad es el Todo. Pero el Todo es sólo la esencia que se completa mediante su desarrollo. Del Absoluto hay que decir

12. *Wissenschaft der Logik*, II, p. 217.

13. R. VERNEAUX, *Epistemología general*, Herder, Barcelona 1966, p. 81.

que es esencialmente *Resultado*, que sólo *al final* es lo que es en verdad; precisamente en esto consiste su naturaleza, en ser efectividad, sujeto o autodevenir»¹⁴. Lo que decide todo es esa Forma final a la que el mundo llegará, y que el idealismo pretende haber ya captado como para conocer la actual dirección hacia tal forma.

Pero la realidad es que la Verdad primera no se va haciendo en las vicisitudes del mundo, aunque sí hay en él destellos de la Verdad suma. Todo intento de ver en el semblante de este mundo no ya un reflejo de Dios, sino al mismo Dios, está condenado al fracaso. La identificación del finito con el Infinito es una veleidad. La filosofía posterior a HEGEL lo comprendió trágicamente, emprendiendo la vía de una finitud sin brújula, desposeída de toda Infinitud.

En el progreso humano, al alcanzar resultados positivos, hay una regulación intrínseca, que procede de los fines y de la verdad de las cosas. La mente humana se va adecuando poco a poco con la realidad, con muy diversos matices, y sin seguir una ley necesaria: la inteligencia humana puede tomar unas posibilidades u otras, y así caben progresos en un sentido, detenciones y hasta regresos en otros sentidos. Lo que regula el movimiento y los resultados es el fin, y el fin de la inteligencia es la verdad, que consiste en adecuarse a las cosas, distintas de ella misma.

Ante la exageración de la verdad como adecuación (*identificación* que inútilmente se busca en la dinamicidad), el realismo metafísico vuelve a presentarse con su *adaequatio* aparentemente parcial, modesta, no siempre necesaria ni asegurada, aunque al mismo tiempo conseguida en ciertas verdades que al hombre le es dado a conocer, y alentando la prosecución en búsqueda de la verdad, esa verdad de la que dijo ARISTÓTELES que nunca se alcanza del todo, pero de la que nunca se está totalmente alejado¹⁵. La inteligencia humana alcanza una unidad profunda con la realidad, sin una identidad total. Y en esta adecuación alcanza su verdad.

14. Das Wahre ist das Ganze. Das Ganze aber ist nur das durch seine Entwicklung sich Vollendende Wesen. Es ist vom dem Absoluten zu sagen, dass es wesentlich *Resultat*, dass es erst am *Ende* das ist, was es Wahrheit ist; und hierin eben besteht seine Natur, Wirkliches, Subjekt, oder Sichselbstwerden zu sein» (Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, hrsg. J. Hoffmeister, Hamburgo 1952, p. 21).

15. Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, II, 1, 993 b 1.